

Una piel cubre los ladrillos  
y en los badenes forma espejos  
de inquietos ojos, boca arriba,  
su efímera existencia por las altas presiones  
y otros muchos peligros que enturbian su quietud,  
como el niño atraído  
por su reflejo y lo desborda.

Cuando no queda nadie rezuman las auroras  
y estalla el suelo en poliédrico parto.

Titilan cien mil ojos,  
devuelven la mirada terrosa de la luna,  
y guardan el recuerdo de un cuerpo que se aleja  
y al fin quédanse ciegos, engarzados  
en la moneda ínfima, vacías las pupilas  
todo ya barro sin memoria.

Nieves Chillón, de *La hora violeta*

Rompe el agua en los muros  
y los altos pilares  
de luz extinta, encandilado ojo  
del mar araña el párpado  
desde la lejanía,  
la lágrima amarilla  
precipitándose.

Y estalla el esqueleto de los barcos  
la llama de las telas, su reflejo  
en el rostro de piedra cuyas cuencas vacías  
descubren su ceguera de horizonte,  
y se ilumina el lienzo,  
la serpiente enroscada, el mar,  
su piel de alga.

Nieves Chillón, de *La hora violeta*